

Elías Nandino, el enamorado de la muerte

Gerardo Bustamante Bermúdez

A Lourdes Pérez Nandino, con gratitud

Elías Nandino Vallarta (Cocula, 1900-Guadalajara, Jalisco, 1993) es uno de los poetas mexicanos más olvidados por la crítica literaria y las empresas editoriales. Siendo contemporáneo de varios escritores agrupados dentro de la llamada generación de “Los Contemporáneos”, entre los que destacan: Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Jorge Cuesta, Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo, entre otros más, el nombre del autor jalisciense no figura en los manuales literarios y de crítica de la época; si acaso lo mencionan a manera de apéndice tardío, como el amigo o médico de los escritores adscritos a este grupo. Son básicamente dos escenarios los que excluyen a Elías Nandino de la lista de Contemporáneos. El primero es que no publicó en la llamada revista *Contemporáneos* (1928-1931), pues de 1928 y hasta principios de 1930, Nandino se encontraba en Los Ángeles, California haciendo un curso e investigación para elaborar su tesis médica titulada: “Algo más sobre raquianestesia y su aplicación en el niño”, con la que obtendría el título de Médico Cirujano por parte de la Universidad Nacional de México el 6 de agosto de 1930. En entrevista con Carlos A. Cruz y a propósito de la exclusión del grupo de Contemporáneos, Nandino afirma: “[aunque me exigieron que escribiera algo [para la revista *Contemporáneos*], nunca me lo publicaron, pero no me importaba. Si ellos buscaban cargos políticos, yo tenía mis ideales”.¹ Un segundo escenario que explica la exclusión del poeta del grupo se la han dado los críticos literarios al considerarlo un amigo de escritores como Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen o Salvador Novo. En su

libro, *Los contemporáneos ayer*, Guillermo Sheridan señala que: “Diversos comentaristas han incluido en él [grupo] o expulsado de él, por razones invariablemente pertinentes y considerables, a Carlos Pellicer, Elías Nandino, Genaro Estrada, Enrique Murguía Jr., Celestino Gorostiza, Rubén Salazar Mallén, Ermilo Abreu Gómez—éstos últimos, eventualmente, habrían de convertirse en enemigos de tiempo completo de los demás—, Ignacio Barajas Lozano y muchos más”.² Hasta la fecha, ningún estudioso de este periodo ha justificado la exclusión del poeta coculense dentro del grupo,³ a pesar de que como dice José Emilio Pacheco:

Durante mucho tiempo la crítica mexicana sostuvo el lugar común de que la poesía de Nandino era un simple reflejo de ciertas atmósferas nocturnas e introspectivas de Villaurrutia. Hoy vemos que dentro de los poetas de una misma edad más que “influencias” hay intercambios. Nandino, entre muchas otras cosas, hizo que los “Contemporáneos se interesaran por Freud y el psicoanálisis.”⁴

Que Elías Nandino publicara o no en la revista *Contemporáneos* no es un argumento válido para excluirlo; hacen falta estudios rigurosos sobre su obra poética contrastada con la de otros escritores como Villaurrutia con sus “nocturnos”, Salvador Novo con sus poemas de amor y Carlos Pellicer con sus sonetos, para darse cuenta que temas como el amor y la muerte atraviesan la obra de varios poetas que sí han sido incluidos como parte del grupo.

Independientemente de su exclusión o rechazo como parte del grupo, la obra de Elías Nandino tiene autonomía, no se ciñe a una moda o tendencia literaria, y si bien es cierto que —como todo poeta— su poesía es dispar desde



Caminando con Xavier Villaurrutia en la ciudad de México, 1940. (Del acervo de Josefina Estrada)

Canciones (1924) hasta *Banquete íntimo* (1993), el proceso de madurez lírica es continuo: experimenta con variadas formas métricas, se hace hábil en la escritura de sonetos y décimas, así como de las formas breves cultivadas a principios de su carrera literaria, pero principalmente a partir de *Cerca de lo lejos* (1979). Nandino no formó escuela literaria, tampoco impuso modas, sólo creó una tendencia denominada por el mismo “concentrista” que consiste en utilizar una economía de palabras con imágenes impactantes como en el siguiente ejemplo: ¡Nada es tan mío/ como el mar/ cuando lo miro”.⁵

Si en la obra de Elías Nandino los temas del amor, la duda y la muerte son una constante, esto se debe a que siempre fue un enamorado del binomio vida-muerte. En varias entrevistas, así como en su libro autobiográfico *Juntando mis pasos* (2000), el autor afirma que son dos momentos importantes los que le revelan la muerte. El primero, el asesinato de un joven “traidor a la patria” al que dieron muerte en la plaza de Cocula durante la época revolucio-

na y el segundo, la muerte de su hermana Beatriz, dos años menor que él. Dice Nandino:

El dolor me duró muchas semanas, hasta que un día, con un cuaderno y un lápiz, que instintivamente tomé, me encaminé hasta el potrero de “Los Coyotes”

[...] me eché de bruces [...] y empecé a garabatear el primer poema serio de mi vida. Era un poema interrogativo, en el que le pedía a mi hermana que, ella que estaba en las alturas y todo lo veía, me inspirara lo que había ignorado la ciencia y que me diera consuelo porque la extrañaba mucho”.⁶

La visión de la muerte de su hermana se basa en los preceptos religiosos del más allá como la promesa de una vida mejor. Siendo Nandino un joven que ya contaba con sus estudios de Teneduría de Libros y tenía aspiraciones de hacer estudios de preparatoria en Guadalajara, descubre que la escritura poética es una manera de limpiar el alma, exorcizar fantasmas y dolores. Tal vez por eso siempre estuvo en desacuerdo con que la poesía fuera hermética y se escribiera por moda o autocomplacencia retórica.

Uno de los grandes temas del poeta es la muerte, ejercitado principalmente a partir de *Triángulo de silencio* (1953). Para estas fechas, Nandino había ejercido la medicina en el Hospital Juárez y en su consultorio particular, esto le daba una visión más humana sobre el momento en que el poeta con el bisturí siente impotencia y dolor frente a la muerte de alguno de sus pacientes. En 1949 había muerto su padre, don Alberto Nandino, a quien le dedica el poema “Nocturno difunto”, en 1955, año en que publica *Nocturna Suma*, fallece su madre, María Vallarta Sepúlveda. A partir de lo anterior y además, de la repentina muerte de su entrañable amigo Xavier Villaurrutia en la navidad de 1950, Elías Nandino comienza a trabajar de manera permanente y a veces casi obsesiva el tema de la muerte.

Dentro de *Triángulo de silencios*, Nandino secciona las “Décimas a un poeta difunto” donde se cuestiona el misterio de la muerte, la ausencia de un poeta que se fue repentinamente, pero sigue presente a manera de entelequia en la vida del autor que escribe: “En el aire está escondida/ tu esencia, y embelesado/ en el lenguaje callado/ donde te escucho sin verte,/ vivo el área de tu muerte/ con que me tienes sitiado”.⁷ En estas décimas, como en otros poemas donde el autor refiere la muerte de otras personas cercanas, hay una inversión de roles: los muertos están presentes en la vida mientras que el poeta se siente rodeado por la muerte que acecha callada, que mira y en cualquier momento aniquila.

Uno de los libros donde el poeta se encarga del tema de la muerte de manera permanente lo encontramos en *Eternidad del polvo* (1970), publicado dos años antes de que su autor decidiera abandonar la ciudad de México y regresar a Jalisco. Hacia 1970, Elías Nandino comenzó a ver que sus capacidades visuales y auditivas empezaban a mermar. Los sentidos del cirujano ya no podían estar alertas a las necesidades de sus pacientes. Es en este contexto que surgen hermosas composiciones del libro que dan cuenta del momento en el que el poeta toma conciencia de su propia muerte que llegará algún día. Teniendo como referentes a los místicos españoles del Siglo de Oro como Santa Teresa de Jesús y fray Luis de León, así como las lecturas de Francisco de Quevedo, Elías Nandino diserta sobre el momento de la muerte que para él consiste en regresar a los orígenes. En la sección “Eternidad del polvo”, el autor recurre principalmente a las imágenes para contemplar el cuerpo sin alma que se queda en la tierra, se descompone y se convierte en polvo. Esta mirada del poeta en realidad se basa en una visión cristiana sobre la muerte como un proceso para llegar a una mejor vida porque el hombre nace para morir y muere para nacer, según el poeta. En esta sección, Nandino hace gala de sus conocimientos retóricos y al final y principio de cada verso (anáfora), vuelve sobre la idea de la muerte que da paso a la vida.

Si el cuerpo calcinado es “polvo huyente” o volátil, el autor habla también del cuerpo en su estado de ensueño en la sección “Interrogación” del *Eternidad del polvo*. El estado del sueño es un momento apacible donde alma y cuerpo se desconectan a la manera de los místicos: “entonces yo me desprendo/ y sin mirarme comprendo/ que de mi cuerpo salí”.⁸

De este libro también destacan las secciones “Conversación con mi muerte” y “Epitafios”. La primera es una secuencia de “conversaciones”, diálogos que se vuelven monólogos porque la muerte no responde; es misteriosa, acecha. El yo-lírico (mortal) le habla a la muerte (eterna) para tratar de comprender el momento final. Hay en el poeta una petición a la muerte para que acabe con él, pero a la vez añora la vida. En un nivel superior, el poeta escribe los epitafios que constituyen la voz reflexiva que se deja como testimonio de la relación vida-muerte. Estos poemas hablan del poeta “acabado” que duerme en la eternidad y testimonia: “Como tú, yo tuve vida/ como yo, tendrás tu muerte:/ lo que nace se convierte/ en materia consumida”



En la Casa de la Cultura Jalisciense, 1973.
(Del acervo del poeta Luis Alberto Navarro)

(p.48). Como lo hicieron otros poetas como Xavier Villaurrutia en *Nostalgia de mi muerte*, cuya propuesta es que el hombre viene a la vida a morir, la poética de Nandino es la misma: el hombre nace para morir y muere lentamente desde el momento que nace. En este caso, la dialéctica de la vida-muerte es una marca del poeta que la evoca y convive con ella tanto en su práctica médica como en los momentos de escritura.

Para 1960, Nandino publica *Nocturna palabra* en el Fondo de Cultura Económica. En 1976, realiza modificaciones a varios poemas en la edición de la Universidad Nacional Autónoma de México. En “Poema desde mi muerte”, la voz poética habla de la muerte en vida del hombre, de la monotonía y zozobra ante la vida: “A veces despertamos con una muerte a cuestas, indolora, acariciante,/ que nos obliga a caminar despacio/ por el miedo a caer/ y nos sume en la neblina...”.⁹ El hombre muere y resucita a cada momento y si el poeta muere, pide seguir buscando su poesía desde la “tierra insaciable”.

Dentro de la producción lírica del autor jalisciense, los poemas “Nocturno difunto”, dedicado a su padre, Alberto N. Nandino, “Si hubieras sido tú”, dedicado a Xavier Villaurrutia, y las “Décimas a mi madre”, merecen mención aparte porque se trata de una muerte “real”, la de sus consanguíneos y la de su entrañable amigo. En el primer caso el autor siente la presencia de su padre difunto en el aire, en la naturaleza y en un lugar indefinido del cielo donde el padre le extiende una mano alargada. Al morir el padre el poeta siente a la muerte más cerca que antes. Situación similar ocurre en las “Décimas a mi madre” donde el dolor del hijo lo lleva a hacer la siguiente pregunta retórica: “¿Cómo es posible pensar/ que al morir te has extinguido?”.¹⁰ Frente a la ausencia, el poeta proclama que su madre vive en él y que mientras el hijo viva habrá una continuidad; sólo la muerte termina con todo.

En el caso del poema a Xavier Villaurrutia, Nandino declaró en varias entrevistas que a partir de un sueño posterior a la muerte repentina de su amigo, tuvo la necesidad de escribir: “Fue un sueño profundísimo. De pronto tocaron y era Xavier. Lo saludé y le dije que pasara, que se sentara. Me pidió un cigarro, fumábamos Marlboro. Xavier estaba sentado en una silla junto a la entrada. Al pararme puse la mano sobre él y sólo sentí la silla. Entonces fue que entendí. Xavier está muerto”.¹¹ Esta experiencia desconcertante plantea en el autor una serie de interrogantes más reales que poéticas sobre la presencia de su amigo que ya no tiene peso, pero tiene voz y presencia espiritual en medio de la habitación y la quietud oscura que se le revelan a Nandino en un sueño: “Los muertos, cuando vuelven,/ tal vez ya no posean/ los peculiares rasgos/ que nos pudieran dar/ la inmensa dicha de reconocerlos”.¹² El cuerpo del poeta difunto no puede ser reconocido, por eso hay zozobra, duda sobre la presencia mortuoria de quien ya no tiene vida terrenal, sino que accede a otro estadio.

Elías Nandino Vallarta escribió sobre el tema de la muerte porque siempre pensaba en ella, ya fuera en la propia o en la de sus pacientes. En él este tema no es una retórica artificial porque parte de la experiencia. Si poetas como Bernardo Ortiz de Montellano, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza o Carlos Pellicer, la muerte es un tema de “moda”, en Nandino es un condición de vida, por eso dentro de su poesía los poemas donde reflexiona sobre la muerte ocupan un lugar importante dentro de su obra y a la vez constituyen en testamento para el hombre universal. •

Notas

¹ Carlos A. Cruz. “El deber del poeta, ser sincero: si hay seriedad en su obra, hay empuje, de lo contrario, nada de dice: Elías Nandino”, en *Excelsior*, México, D. F., 29 de julio de 1984. p. 28.

² Guillermo Sheridan. [1985], “Introducción”, en *Los contemporáneos ayer*, México; FCE, 2003, p.17.

³ Contemporáneos es un grupo predominantemente literario cuyos integrantes, en su mayoría, ocupaban cargos diplomáticos o culturales. Además de Elías Nandino, los pintores Roberto Montenegro y Agustín Lazo no figuran como integrantes del grupo, a pesar de la amistad que llevaban los escritores adscritos a Contemporáneos y a su labor como pintores reconocidos incluso por el mismo Estado. Sobre este asunto me encargo en el texto introductorio “Cuando hablas nace la poesía... Las entrevistas a Elías Nandino entre 1954 y 1993”, en *De dolores y placeres. Las entrevistas con Elías Nandino entre 1954-1993*, México; Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal, (en prensa).

⁴ José Emilio Pacheco. “Nandino, maestro de las formas cerradas”, en *El Nacional*, México, D. F., 4 de octubre de 1993, p.9. En el caso de los “contagios” o “influencias” entre Nandino y Villaurrutia, cabe destacar que don Elías refirió en varias entrevistas la importancia de que Villaurrutia tuviera acceso a las operaciones que realizaba su amigo en el Hospital Juárez de México, pues fue ahí donde Villaurrutia encontró los verdaderos encuentros con la muerte. Sobre el tema del psicoanálisis, Elías Nandino tomó cursos con el doctor Santiago Ramírez, uno de los pioneros en los estudios de psicoanálisis en México. Los temas planteados por el psicoanálisis sin lugar a dudas ayudaron a los escritores de Contemporáneos a entender las obras de los autores europeos y a crear sus propios textos.

⁵ Elías Nandino. *Cerca de lo lejos*, México: FCE, (Letras Mexicanas), 1979, 57.

⁶ Elías Nandino. *Juntando mis pasos*, México; Aldus, (La Torre Inclínada), 2000, pp. 45-46.

⁷ Elías Nandino. [1953], *Triángulo de silencios*, México; Ediciones ET CAETERA, 1974, p. 62.

⁸ Elías Nandino. [1970], *Eternidad del polvo*, México; Ediciones del Departamento de Bellas Artes de Jalisco, (Poesía), 1981, p. 19.

⁹ Elías Nandino. [1960], *Nocturna palabra*, México; UNAM, 1976, p.29.

¹⁰ Elías Nandino. *Eternidad...* p. 23.

¹¹ Santiago Espinosa de los Monteros. “Nunca amé a nadie, amé al amor: Elías Nandino”, en *El Financiero*, (Cultura), 11 de octubre de 1993, p. 53.

¹² Elías Nandino. *Nocturna...* p.46.

GERARDO BUSTAMANTE BERMÚDEZ es profesor-investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ha colaborado en números anteriores de *Casa del Tiempo*. Correo electrónico: gerardbb81@hotmail.com